



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2021 Año VIII / N° 16

ÍNDICE

Gonzalo Albero Alabort		Stanley Jayakumar Yesudass	
Presentación	277	Avanzando en la conversación ecuménica	395
Andrés J. Valencia Pérez		Manuel Ortuño Arregui	
Simposio de Teología Ecuménica <i>Ut Unum Sint</i>, el camino irreversible de la Iglesia	279	Evolución histórica del paradigma del ministerio papal en contraposición al nuevo concepto en la encíclica <i>Ut Unum Sint</i>	411
Viorel Coman		Elvira Canet Prats	
Reflexiones ortodoxas sobre la encíclica <i>Ut Unum Sint</i>	281	Educación en el ecumenismo y diálogo interreligioso según Edith Stein	425
José Antonio Heredia Otero		Leopoldo Quílez Fajardo	
La oración de Jesús: un camino de encuentro entre el Oriente y el Occidente cristiano, y entre la espiritualidad y la moral	295	La filosofía de la religión de X. Zubiri	439
Andrés Mauricio Quevedo Rodríguez		M ^a . Teresa Ortiz Angulo	
Desde la <i>Ut Unum Sint</i> hasta el pentecostalismo	311	Abenarabi y santa Teresa	455
Antonio Rafael Medialdea Villalba		Luis Abrahán Sarmiento Moreno	
Tomás de Aquino en Oriente	323	Hacia una filosofía de la vocación	475
Almudena Alba López		Pablo Blanco Sarto	
Hilario de Poitiers en Oriente (356-361)	339	De la Trinidad a la Iglesia en el diálogo ecuménico del siglo XXI	487
Arturo Llin Cháfer – Vicente Palop Llin		José Carlos Martín de la Hoz	
El hombre, objeto de reflexión en el s. XVI según la doctrina de san Juan de Ávila	349	Ecumenismo y paz	497
Alfonso Esponera Cerdán		Leo Frans Jozef Meulenberg	
Una mirada no tan cerrada e intransigente ..	365	The fairy tale, a fresh inspiration for the ecumenical dialogue a meditation	511
Domingo García Guillén		Memoria Académica del Curso 2020-2021	527
Una lectura trinitaria del primado	377	Recensiones	549
		Publicaciones recibidas	561

RECENSIONES

PASTORAL

CRESPO HIDALGO, A., *Querido Timoteo. Cartas de ánimo a un cura... y a su comunidad*, PPC, Madrid 2021, 224 p.

Con un título sugerente: *Querido Timoteo... Cartas de ánimo a un cura y su comunidad*, Alfonso Crespo Hidalgo nos ofrece un nuevo y provechoso libro. En sus páginas se abordan, con un estilo claro, pulcro y expresivo, impregnado asimismo de unción, aspectos esenciales de la vida del presbítero y de su ministerio.

Como señala el autor, sacerdote malagueño de erudita cultura teológica y amplia trayectoria eclesial, la trama de esta historia es la estrecha amistad existente entre dos presbíteros: “uno joven, Timoteo, que se afana en consolidar y fortalecer su vocación; y otro, Pablo, que, adentrado en la ancianidad, observa y acompaña la vida y primeros pasos del ministerio de su discípulo” (p. 7).

El título del volumen, *Querido Timoteo...*, hace un guiño a esta relación. El subtítulo, *Cartas de ánimo a un cura y a su comunidad*, no se alimenta, como se refrenda en el prólogo, del afán de buscar lectores. A lo que Alfonso Crespo aspira, y sin duda lo alcanza, es a profundizar en la vida del sacerdote, en la encarnadura humana del pastor al frente de su grey, indagando en su crecimiento, intentando explicar sus crisis personales y exponiendo la evolución espiritual de la comunidad que acompaña. “El buen pastor se afana por conocer al rebaño, a cada uno por su nombre. Pero ¿no sería bueno, también, que el rebaño supiera algo más de su pastor?... El personaje público que es el sacerdote, no puede esconder la persona humana sobre la que descansa. Conocer mejor al cura de tu parroquia, al amigo sacerdote a quien acudes, puede incrementar la estima mutua” (p. 8). Desde estas motivaciones, este ensayo se vertebra en tres partes bien diferenciadas, troqueladas por una secuencia continuada que tiene como protagonista al joven Timoteo.

La primera parte, bajo el epígrafe “Una carta apócrifa de Timoteo a Pablo”, arranca con un escrito imaginario del joven discípulo a su mentor, Pablo. Sirve para esbozar las dificultades ministeriales y ansiedades personales no solo de aquel incipiente pastor sino también de cualquiera en sus primeros años de apostolado. Y así lo vemos cuando Timoteo abre su corazón al maestro: “Querido Pablo, padre afable, a veces, me siento huérfano de tu presencia y tus consejos.

Desearía vivamente que estuvieras junto a mí, para combatir a tu lado a los que desfiguran la verdad, al amparo de discursos bien contruidos y vana charlatanería; dicen seguir el Mensaje y se acuestan reposando en sus propias creencias... Pablo, apóstol y amigo, añoro la claridad de tus palabras, la valentía de tus enseñanzas, la rotundidad desafiante de tu defensa de la verdad” (p. 32). Se resalta en esta sección la figura del Apóstol de los gentiles como consejero espiritual y se pone de relieve la importancia del acompañamiento en la vida de cualquier sacerdote y cualquier cristiano que quiera progresar en la madurez de su fe. Todo ello le brinda a Crespo la ocasión de exponer, con pericia y minuciosidad, las diversas etapas de la vida de un sacerdote y las notas específicas de su acompañamiento. Se analiza igualmente el periplo espiritual de cada comunidad, sus variadas etapas y sus posibles pesares.

La segunda parte de esta monografía, “La segunda carta de Pablo a Timoteo”, la más extensa y didáctica, se centra en la mencionada carta que el Apóstol dirige a su discípulo, a quien en su primera carta saluda como su “verdadero hijo en la fe” (1Tim 1,2). En esta otra lo designa como “hijo querido” (2Tim 1,2). Dice el autor: “El apóstol Pablo ejerce una auténtica paternidad espiritual sobre sus comunidades y sobre los discípulos que acompaña, entre ellos Timoteo, al que llama su hijo querido. La paternidad del presbítero fluye de la caridad pastoral. En un mundo huérfano, visibilizar la paternidad promueve el deseo de construir una fraternidad. Nuestro mundo necesita personas que sean auténticos iconos de la paternidad divina: los padres de familia, los sacerdotes, los educadores, las personas que ejercen alguna autoridad. En concreto, para el sacerdote, el hecho de experimentar en el ejercicio de su ministerio el despliegue de una verdadera paternidad, sin subterfugios de ninguna clase, es una gran gracia; eso da a su sacerdocio una belleza y profundidad muy estimulantes” (p. 77).

Esta segunda carta a Timoteo es un pequeño vademécum sobre la fidelidad. Será la última carta del Apóstol, casi un testamento encomendado a su discípulo, colmado de sentimientos de afecto y sincera amistad. Pablo realza la importancia, signada por la fuerza de la despedida, de una fidelidad analizada desde una triple mirada: fidelidad a la doctrina, al Espíritu y al ministerio. De esta carta Alfonso Crespo extrae doce exhortaciones del maestro al discípulo que le dan pie para ilustrar y comentar un rico abanico de ideas. “Exhortar es *invitar, animar, alentar, consolar, ofrecer apoyo...* La exhortación es un instrumento valiosísimo al servicio del acompañamiento, tanto de las personas como de los grupos. Así lo hizo Pablo con las diversas comunidades a las que dirige sus cartas y con personas concretas como Timoteo... Verbos con carácter imperativo y que invitan a la acción, introducen cada exhortación: *reaviva el don, rehúye las peleas, no te enamores del mundo, aguanta por los elegidos, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, sé sobrio, huye de las pasiones juveniles, hazte fuerte en la gracia de Cristo, da gracias en la oración, cuida de ti, vela por el depósito, ven a mi lado...* En estas exhortaciones paulinas se da una doble revelación: narran los avatares propios del joven Timoteo, una vida y

un ministerio que empieza, y ponen de relieve la riqueza de la experiencia, la sabiduría de los años que acumula Pablo” (p. 93-94).

El autor no se queda en sus reflexiones en un nivel meramente aclaratorio o anecdótico. Actualiza el contenido de las palabras paulinas y las encarna en la hodierna coyuntura de la vida del sacerdote, salpicada toda ella de los retos, preocupaciones y obstáculos propios del siglo XXI. Son consideraciones que no carecen de consejos prácticos, de agudas advertencias, de certeras indicaciones, ingredientes que adquieren especial valor para quien anuncia la Palabra de Dios en un panorama intrincado y transido de desabridas fascinaciones. Todos estos factores convierten estas páginas en un pequeño y sustancioso tratado sobre espiritualidad sacerdotal.

La tercera parte del libro, “La carta "perdida" a la iglesia de Laodicea”, es un ejercicio de fantasía y creatividad por parte del autor, una licencia bíblica y literaria. Con un ritmo novelado, Alfonso Crespo imagina a Timoteo, al que ya le falta su maestro Pablo, acudiendo al evangelista Juan en busca de iluminación. Timoteo pastorea la Iglesia de Éfeso, que no pasa por su mejor momento, y Juan se encuentra retirado, arropado por su comunidad, en la isla de Patmos, distante apenas 30 kilómetros de aquella gran ciudad. Mediante una “entrevista ficción” entre el obispo de Éfeso y el evangelista, se teje una reflexión sobre el futuro de la iglesia y del presbítero. Aprovechando la rica enseñanza de las cartas a las iglesias del Apocalipsis, y jugando con la carta perdida de Pablo a la iglesia de Laodicea (cf. Col 4,14-18), el autor diseña una atrevida “octava carta a la iglesia de Europa”, que navega, quizás naufraga, entre vicisitudes no carentes de ambigüedad. Con estilo realista a la vez que cargado de esperanza, se repasa el duro juicio del Apocalipsis a la iglesia de Laodicea, aplicándolo hoy a Europa: “Porque eres ni frío ni caliente estoy a punto de vomitarte de mi boca” (3,16). Sin embargo, no es el pesimismo el que vence. Se vislumbra un horizonte abierto y luminoso encuadrado en aquel versículo bíblico, tan pujante y sugerente al mismo tiempo: “Mira, estoy de pie a tu puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20).

Leyendo esta obra constatamos que su autor, imbuido de sensatez, desea nutrir a sus lectores con aquella enjundia que emerge sin ambages del corazón palpitante de Timoteo y Pablo, personajes bíblicos que sin duda pueden ayudar hoy a conocer mejor el itinerario vocacional del sacerdote, su perfil humano y su talla pastoral, sus menesteres apostólicos y cuanto ha de encarar como adalid de su grey. Crespo no deja de indicar que el conocimiento mutuo estrecha los vínculos y favorece la estima del pastor por su rebaño y de la comunidad por el presbítero que la preside en la caridad.

En la hora presente, no exenta de incertidumbre y penurias, clavar los ojos en figuras tan encomiables como Pablo y su discípulo predilecto, conforta nuestro espíritu y lo empuja a seguir apostando por el Evangelio. Con las mismas entrañas del Apóstol, sembrador perseverante, creador de comunidades y

padre solícito, Crespo ha logrado con esta publicación inyectar entusiasmo en los curas y sus comunidades, precisamente en una tesitura histórica y eclesial sedienta de consuelo, arrojo y esperanza. Y lo ha hecho para que los ministros de la Iglesia no se dejen seducir por la comodidad, ni abatir por el desencanto, los acosos o la amargura. De todo ello se sale cuando se afianza la convicción de que Dios no abandona a su Iglesia y su gracia sigue descubriendo caminos de novedad y aliento. Recordarlo es fundamental en medio de acerbas invectivas y lacerantes angosturas. Por esta razón es tan recomendable este libro, sobre todo para los seminaristas, para las nuevas generaciones sacerdotales, pero igualmente para las familias que han de afrontar cometidos complejos. También para creyentes ya avezados o para aquellas comunidades parroquiales que tal vez sientan el peso de los días y los trabajos, del cansancio y los sinsabores. A todos hace bien volver a escuchar al autor, cuando concluye su obra con palabras perspicaces y benéficas: “El pastor y su comunidad caminan, a veces, bajo el síndrome del atardecer, revestidos de los síntomas de la iglesia de Laodicea: la tibieza y el escándalo que provocan el vómito. Pero no todo está perdido: Dios sigue llamando a nuestra puerta y espera con infinita paciencia. Si le abrimos nuestro corazón, celebraremos, nosotros con él y él con nosotros, la cena que recrea y enamora. De ella saldremos con ánimos renovados para ser portadores pacientes de esta llamada y anunciar, henchidos de esperanza, la presencia del Reino de Dios entre nosotros” (p. 216).

Fernando Chica Arellano

GARCÍA BURILLO, J., *Pastor bueno y fiel. Escritos sobre el sacerdocio*, BAC, Madrid 2021, 445 p.

Este libro nace para dar gracias a Dios con ocasión del jubileo de oro de ordenación presbiteral del que fuera Obispo de Ávila desde 2003 al 2018, Mons. Jesús García Burillo. Dado el motivo que se celebra, los editores han elegido como contenido del mismo escritos del Prelado centrados en el sacerdocio. De esta forma, sus páginas recopilan un ramillete de conferencias, discursos y homilias que abordan esta temática durante el tiempo que el mencionado Pastor estuvo al frente de esa porción castellana del pueblo de Dios. Por la enjundia y seriedad de los planteamientos, por la claridad expositiva y el acierto doctrinal de los documentos seleccionados, esta monografía constituye un fecundo vivero de ideas para quienes ejercen el ministerio y apacientan la grey que les ha sido confiada a sus afanes evangelizadores.

El volumen se abre con un prólogo del sucesor de don Jesús en la Sede de San Segundo, Mons. José María Gil Tamayo.

El cuerpo de la obra se estructura en cuatro apartados. El primero contiene dos cartas pastorales. Una se titula: “El ministerio sacerdotal en circunstancias

azarosas”, y fue redactada por el Prelado en 2005. La otra es de 2010: “¡Dejaos conquistar por Cristo! Carta pastoral a los sacerdotes a partir del Mensaje de los Obispos españoles en el Año Sacerdotal”. El segundo bloque recoge un granado muestrario de homilias, dividido a su vez en varias secciones: en la ordenación de presbíteros; en la memoria litúrgica de San Juan de Ávila; en la Misa Crismal y, finalmente, en otras diversas festividades. En tercer lugar, encontramos ocho pláticas dadas en Retiros espirituales al clero. Por último, el lector descubre tres discursos y conferencias: en la presentación de la Asamblea Diocesana del Presbiterio de Ávila (2005); una lección sacerdotal de san Juan de la Cruz y una alocución en las Jornadas de Espiritualidad Sacerdotal (octubre 2012). La obra se ve enriquecida posteriormente con una semblanza del que fuera Obispo de Ávila, a cargo de don Jorge Zazo Rodríguez, sacerdote abulense, en la que se subraya la paternidad espiritual con que Mons. García Burillo llevó a cabo su prolífico apostolado por tierras abulenses. Como broche áureo de esta monografía, y a modo de apéndice, se reproducen tres magníficas charlas dadas en el Teologado de Ávila, en Salamanca, para festejar las bodas de oro sacerdotales de don Jesús. Sus autores, con maestría y acierto, glosan algunas facetas del ministerio episcopal que destacaron en el servicio pastoral del mencionado Obispo. En concreto, la que impartió el profesor Olegario González de Cardedal se titula: “El Obispo en la Iglesia católica, maestro de la fe”. La de don José Manuel Sánchez Caro se denomina: “Nuestro Obispo Jesús García Burillo, Pastor de la Iglesia de Ávila (2003-2018)”. Y la del Rector del Seminario abulense, don Gaspar Hernández Peludo: “El Obispo, Padre de la familia de Dios”. Estas tres contribuciones componen un dignísimo colofón a una muy provechosa obra.

Ha sido una feliz iniciativa el haber reunido en una esmerada publicación un acendrado compendio del docto magisterio de Mons. García Burillo durante su servicio a la diócesis de Ávila. Son enseñanzas que no solo relatan con minuciosidad los retos, gozos, dificultades y anhelos que conforman diariamente el desarrollo del quehacer sacerdotal. También y sobre todo reflejan la mente, bosquejan el corazón y exponen los esfuerzos de quien las ha impartido: un Obispo fiel a Jesucristo e identificado absolutamente con sus sentimientos; un pastor preocupado especialmente y cercano continuamente a sus sacerdotes, sus primeros y necesarios colaboradores en el anuncio del Evangelio.

El acervo de las consideraciones de don Jesús agrupadas en este libro logra que no sea un texto de mera vigencia local, recomendable solo para lectores de la Iglesia particular de Ávila, que al repasar sus páginas evocarán momentos, acontecimientos, sugerencias, recuerdos e iniciativas para ellos pastoralmente familiares. Al polarizarse en temas cardinales de la vida cristiana y pastoral y tratarlos con equilibrio, brillantez y ponderación, con pulcritud y pedagogía, sin ceder a visiones sesgadas o alambicadas teorías, sino apuntando siempre al meollo de la fe, Mons. García lleva al lector a divisar la existencia sacerdotal desde altas cumbres de perenne significado espiritual. Y esto porque el Prelado no

habla de sí ni se enreda en fútiles disquisiciones. Antes bien, predica al Salvador y busca únicamente que sus fieles caminen a su luz, humildes y concordes. Reflexionar desde esta óptica permite a don Jesús acrisolar su pensamiento, depurándolo de vana hojarasca y tópicos estériles o interesados, para que los sacerdotes no se desvíen de lo esencial en el cometido de su labor y aglutinen sus fuerzas en responder a los erizados retos que los asaltan cotidianamente: la dificultad del ejercicio del ministerio en una sociedad cada vez más secularizada, la ardua tarea de encontrar caminos para esa nueva evangelización a la que nos invitan repetidamente los Sumos Pontífices y que no siempre terminamos de percibir cómo traducirla exactamente en el propio contexto, el cansancio por la fatiga diaria, las heridas en la fraternidad sacerdotal producidas por múltiples factores, etcétera.

Transido de amor a Cristo y de caridad pastoral hacia sus feligreses, Mons. García Burillo supo trazar desde su llegada a Ávila un plan de actuación diocesana sumamente sugestivo, que podría servir de inspiración a cuantos se encuentren en disyuntivas análogas, y que se describe someramente en las muy sustanciosas páginas 381-389. Ese itinerario comenzaba con la primera de las cartas pastorales recogidas, la de “¡Somos una familia!”, que marca el tono espiritual en el que se enmarca cabalmente el proceso puesto en marcha por el Prelado, y de cuyo éxito –en la medida en que pueda utilizarse tal expresión en el contexto pastoral– dan testimonio las ordenaciones que como Obispo de Ávila pudo efectuar durante su pontificado.

En varios momentos del libro se destaca un mérito no menor de Mons. García. Quince sacerdotes diocesanos ordenados por don Jesús en otros tantos años de episcopado en tierras teresianas. Una media de un nuevo sacerdote por año. Una marca notabilísima en una diócesis tan pequeña como la de Ávila, en una tesitura tan intrincada como la contemporánea, sobre todo si se compara con la mayoría de diócesis europeas. Evidentemente, esto no es solo resultado de los desvelos apostólicos del Obispo. Ante todo, está la acción de Dios, a quien don Jesús continuamente se dirige agradecido en sus intervenciones magisteriales. Pero no puede obviarse la manera en que, secundando la iniciativa divina, se ejerce el gobierno eclesial. “Desde que llegué a la Diócesis me planteé, como mi más importante tarea en la Diócesis como Obispo, la atención a los sacerdotes”, dice D. Jesús en el libro que presentamos. Esta prioridad genera benéficos frutos. Y puede descubrirse no solo en el número de ordenaciones, sino también en el cariño y el respeto filial con el que se pronuncian los sacerdotes respecto de su Obispo, y del que algunos autores dejan gozoso testimonio en el presente volumen, como hemos indicado.

Otra de las claves que parecen más importantes, fácilmente perceptibles en el libro, es la asunción entusiasta por parte de Mons. García Burillo de la tradición sacerdotal previa a su llegada a la diócesis. En muchísimas ocasiones el Prelado menciona y cita en sus escritos autores como don Baldomero Jiménez

Duque o don Olegario González de Cardedal. Es revelador que un pastor, que hasta el momento no había tenido prácticamente contactos con la Iglesia abulense, se haga tan de Ávila que no desee imponer a sus presbíteros esquemas sacerdotales o estrategias pastorales quizá legítimas y positivas, pero importadas de otros lares, con otras coyunturas, sin tener en cuenta la particularidad de las gentes concretas, de sus circunstancias y de su historia, permitiendo de esta forma que la semilla depositada antes de su llegada creciera adecuadamente al calor del Espíritu Santo.

La serena lectura de esta obra muestra un ulterior dato digno de encomio. A saber, que el hoy Obispo emérito de Ávila preparaba con seriedad y dedicación sus escritos, irrigados con abundante caudal bíblico, patristico, pontificio y de exponentes de egregio perfil místico, ascético, teológico y doctrinal. Entre los más citados, como no podía ser de otro modo, los escritos de santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz se colocan en la vanguardia.

Precisamente en este punto puede descubrirse la mayor originalidad de la obra. Don Jesús consigue, por una parte, exponer los pasajes específicamente sacerdotales de la obra teresiano-sanjuanista, destilando su valor perenne y aplicándolos acertadamente a la hodierna coyuntura histórica-social. Por otra parte, acoge las enseñanzas de los dos grandes místicos carmelitas y es capaz de poner de manifiesto cómo esas mismas indicaciones contribuyen decisivamente al enriquecimiento del desempeño sacerdotal.

La feracidad y sabia conjunción de todos estos ingredientes hacen, pues, de este volumen un auténtico vademécum para quien desee seguir las huellas del Buen Pastor con hondura espiritual y coherencia evangélica, al margen de superficialidades o modas pasajeras. Esta es la razón por la que puede asegurarse que el libro no es una simple colección de textos magisteriales de un obispo, cuyo pontificado agradecen sus feligreses con esta publicación. Podemos aseverar que la monografía que ocupa nuestra atención representa una aquilatada contribución científica al campo de la teología espiritual, con los rasgos que se acaban de señalar.

Fernando Chica Arellano

HISTORIA

AURELL, J., *Elogio de la Edad Media. De Constantino a Leonardo*, Ed. Rialp, Madrid 2021, 270 p.

La obra que ahora deseamos reseñar arranca con el comentario al capítulo trece de los hechos de los Apóstoles, cuando Bernabé y Pablo estaban en una sinagoga del Asia menor predicando la palabra de Dios a los judíos de la diás-

pora y, ante su reiterada cerrazón, exclamaron valiente y solemnemente: “Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la palabra de Dios; pero como la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna nos volvemos a los gentiles” (Hch 13,46).

En efecto, el magnífico ensayo histórico sobre la Edad Media redactado por el gran medievalista catalán, catedrático de Historia Medieval y profesor de la Universidad de Navarra, Jaume Aurell, está apoyado en los ritmos poéticos y musicales de *La divina comedia* de Dante, y el lector encontrará toda la ciencia histórica necesaria y, además, aprenderá muchas lecciones de filosofía de la historia aplicada a este interesantísimo período de la historia y, sobre todo, constatará las raíces que construyeron Europa y la civilización occidental.

En primer lugar, afirma el autor, que es necesario colocar al colonialismo modernista en su lugar. Es decir, evitar tratar de modo imperialista y colonialista los hechos de la modernidad, motivo por el cual frecuentemente tienden los modernistas a convertir el estudio del Medieval, en un verdadero prerrenacimiento, en vez de tratarlo como realidad histórica en sí misma, es decir, que debe evitarse la “modernización de la Edad Media” (13).

Enseguida, nos recordará el prof. Aurell el primer momento de la construcción de Europa como una unidad y variedad, impulsado por una cultura basada en los tres grandes corrientes de pensamiento del siglo primero. Es decir, la importancia no sólo religiosa del apóstol Pablo: “su figura ensambla las tres capitalidades que, para muchos, constituyen la esencia de la civilización occidental: Jerusalén, Atenas y Roma. Su apasionamiento por la nueva religión y su genuino aprecio por la civilización romana aunaron una combinación perfecta para persuadir a sus correligionarios de que era posible una cristianización del imperio” (22).

Seguidamente, se centrará nuestro autor en la relación entre Constantino y la Iglesia. Por una parte, el emperador Constantino otorgó libertad y carta de naturaleza a la Iglesia desde el 313, pero, a la vez, se presentó ante el imperio como el “Romanus Pontifex” de los paganos: “La ambivalente actitud religiosa de Constantino tuvo unas consecuencias imperecederas para el devenir de la historia, puesto que inauguró el largo capítulo de las tensas relaciones entre la Iglesia y el estado” (24).

No era fácil la cuestión pues de hecho el papa Silvestre convocó el gran concilio de Nicea del 325, para recuperar la unidad de la Iglesia tras el desgarro de Arrio y sus muchos obispos correligionarios, pero fue el emperador quien facilitó las postas imperiales para que asistieran la mayor cantidad de obispos de la historia. Pero se las ingenió para presidir la asamblea y perseguir a los herejes bajo penas terribles (24-25).

José Carlos Martín de la Hoz

CROVETTO, F., *La acción católica de Pío XI en España. La influencia de la experiencia italiana (1929-1936)*, Ed. Eunsa, Pamplona 2021, 450 p.

El profesor Fernando Crovetto, teólogo e historiador, secretario de la Revista del Instituto Histórico san Josemaría Escrivá de Roma, *Studia et documenta*, está especializado en historia del Opus Dei y, por tanto, en la historia contemporánea religiosa y civil de España e Italia del siglo XX.

En esta ocasión ha tomado pie para su investigación de una inteligente comparación: la ejemplaridad e influencia de la Acción Católica italiana, ampliamente recomendada por el santo Padre Pío XI como modelo desde el inicio de su pontificado, en la Acción Católica española desde los inicios de esta última hasta la guerra civil española (1929-1936).

Es interesante comprobar cómo el Nuncio de Su Santidad en España, Federico Tedeschini, desde los comienzos de su tarea en España y, especialmente, desde el advenimiento de la Segunda República, el 14 de abril de 1931, puso gran parte de su confianza en el despertar de los laicos a través de la Acción Católica que la revitalización de otras instituciones (p. 69).

Asimismo, la excesiva confianza en la Acción Católica expresaba claramente que las autoridades eclesiásticas no terminaban de captar el impresionante fenómeno secularizador que ya invadía todos los ámbitos de la vida social, política y cultural y, por tanto, no captaban las raíces del problema para poderlo atajar (p. 21).

De hecho, Tedeschini recibía de Roma, en 1931, el necesario respaldo para poner sobre los hombros de los obispos residenciales la dirección de la Acción Católica en detrimento de la dirección única del Primado y cardenal de Toledo como venía sucediendo desde el comienzo: “Esta decisión causó fuertes discusiones y al final fue abolida” (p. 71).

Lógicamente, ante la convulsa situación cultural, política y social de España en 1932, con la expulsión de los jesuitas, el impulso del estado de las escuelas de magisterio en detrimento de la educación confesional, la supresión del presupuesto de culto y clero, la separación Iglesia-Estado y tantas otras cuestiones como se produjeron, se procedió a la elaboración de unos nuevos estatutos y al nombramiento de un nuevo presidente, el director del periódico *El Debate* Ángel Herrera, tomando como modelo la Acción Católica Italiana más experta en la lucha con los gobiernos liberales (p. 74).

El trabajo, en adelante, desarrollará lo que de manera muy sintética planteaba el autor tras presentar los Estatutos de 1932. Las notas más características de la nueva Acción Católica que va a desarrollar son cinco: “Tres de ellas tenían un carácter positivo: la participación en el apostolado jerárquico, la centralidad y la unidad, y la universalidad; mientras que las otras dos tenían una connotación negativa: la Acción Católica tenía que estar alejada de la política

(los partidos políticos) como de las actividades económicas y profesionales” (p. 75). Indudablemente el debate sobre el papel del laicado en la Iglesia estaba ya planteado (413).

José Carlos Martín de la Hoz

GONZÁLEZ GULLÓN, J.L. – COVERDALE, J.F., *Historia del Opus Dei*, Ed. Rialp, Madrid 2021, 700 p.

El profesor José Luis González Gullón narra en primera persona en la introducción de esta gruesa historia general del Opus Dei cómo, mientras impartía esta asignatura en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz de Roma, tuvo la idea de editar los apuntes y notas que había preparado para el desarrollo de la materia de modo que fuera accesible al gran público.

Asimismo, recuerda González Gullón cómo compartió esta idea con el profesor e historiador estadounidense John F. Coverdale, quien ya había escrito una historia del Opus Dei enmarcada en los años cuarenta (2002), de modo que al unirse pudieran entremezclarse dos corrientes historiográficas, dos mentalidades de historiadores tan lejanas y, sobre todo, dos personas de distintas generaciones.

El resultado lo tienen ahora los lectores del mundo entero en sus manos, del Opus Dei o no, pues seguramente ya, a los pocos días de haber llegado los primeros ejemplares a las principales librerías, por internet ya habrá navegado a gran velocidad hasta el último rincón de la tierra y, además, porque enseguida comenzarán las traducciones a las principales lenguas.

Verdaderamente es atrevido editar en la actualidad un libro de historia tan específico de una institución de la Iglesia Católica y más sabiendo que por el tono culto universitario y por el estilo sobrio y sencillo que debían adoptar los autores, sería difícil mantener la atención a lo largo de 700 páginas de texto, datos, ideas, ambientación histórica y sobria exposición de los hechos.

El resultado queda a la opinión del público. En la mía debo reconocer que me ha sorprendido gratamente pues los autores han logrado superar el reto y hacer que el libro resulte ameno, claro, fácil de leer e instructivo pues, gracias a la esmerada redacción, las fuentes documentales consultadas y los concisos comentarios de los autores han logrado no sólo captar la atención del gran público, sino, sobre todo, mantener el pulso narrativo hasta el final.

La clave del éxito, a mi modo de ver, es que los autores han planteado al comienzo de su trabajo que en los primeros fieles del Opus Dei existía la convicción de la santidad del Fundador y el carácter sobrenatural del espíritu del Opus Dei (p. 40-41) y, por tanto, han logrado exponer cómo los sucesivos pasos de la Obra han mostrado de manera contundente que sido el Espíritu Santo quien la ha guiado hasta nuestros días.

De hecho, los autores han ordenado las materias según la cronología habitual de los hechos, la necesaria ambientación histórica y, sobre todo, la acción del Espíritu Santo, en los tres primeros que han guiado el Opus Dei: el Fundador, san Josemaría Escrivá de Balaguer (1928-1975), el beato Álvaro del Portillo (1975-1994) y Monseñor Javier Echevarría, fallecido con fama de santidad el día de la Virgen de Guadalupe, 12 de diciembre, de 2016, con quien se cierra este volumen de la historia del Opus Dei.

José Carlos Martín de la Hoz

PÉREZ LÓPEZ, P. (coord), *España Contemporánea. Una mirada desde el siglo XXI*, Ed. Eunsa, Pamplona 2021, 395 p.

La investigación coordinada por el catedrático de historia contemporánea de la Universidad de Navarra, Pablo Pérez López, con otros profesores de historia de bachillerato y de universidad, que ahora presentamos, aborda con un lenguaje sencillo y sólidos argumentos la construcción de la España democrática actual y señala claramente la multiforme influencia en el tiempo y en el espacio de las ideas de Europa en España y de España en Europa, hasta alcanzar ambas en la actualidad una copresencialidad esencial.

Nos parece muy importante el profundo significado del subtítulo: una mirada desde el siglo XXI, pues este trabajo está redactado desde la mirada de una Comunidad Económica Europea democrática y humanista, en la que dicha Europa sin España y su riqueza cultural, religiosa y política, variada y plural, no sería la misma, ni podría ser entendida como unidad cultural.

A la vez, en este ensayo histórico se adoptan ciertas formas metodológicas al final de cada capítulo, que pueden ayudar al lector universitario o al estudiante de esta asignatura en sus diversos formatos y cualificaciones a lograr hacerse una idea clara de los rasgos esenciales de la historia de España en ese período y de la influencia recibida.

En efecto, como expresaba magníficamente Ortega y Gasset, el siglo XIX en España fue el siglo del liberalismo (conservador y progresista) que se fue implantando en la península Ibérica, no solo para terminar con el Antiguo Régimen, sino sobre todo para participar en un sistema democrático que terminaría por implantarse definitivamente y extensamente en el cuarto final del siglo XX (p. 64-65) en España, aunque esto último no lo viera Ortega.

Es indudable que el carácter español y sus abundantes raíces cristianas, aunque había cambiado mucho respecto al siglo XVI, aportó mucho en la Segunda República, pero faltaba la necesaria cultura democrática de fondo (p. 242) y, por tanto, tendrían que pasar años, una guerra civil y una dictadura hasta la reconstrucción de la democracia.

Desde 1957, que se encontró el camino adecuado para el desarrollo económico y social (p. 314-318), el crecimiento ha sido verdaderamente imparable y España ha seguido aportando fuerza, impulso, creatividad y valores profundamente cristianos al conjunto de la Comunidad Europea, primero con la transición democrática y luego con la consolidación de un sistema, a pesar de las ideologías decadentes que todavía desean imperar (p. 364-365).

Las raíces cristianas de Europa fueron claves durante el Antiguo Régimen y consolidaron una Europa unida culturalmente y espiritualmente hasta que, tras la ruptura de la Revolución francesa, se diere paso al liberalismo y posteriormente después de las Segunda guerra mundial al estado del bienestar que ha imperado hasta su práctica desaparición en la actualidad. Esperemos que la Nueva Cultura y la Nueva civilización que está surgiendo siga nutriéndose de las raíces cristianas de siempre.

José Carlos Martín de la Hoz